

PENSAMIENTO CLÁSICO E INTELLECTUALIDAD CRISTIANA: QUINTILIANO Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS

GUILLERMO SORIANO SANCHA ¹

Fecha de recepción: mayo de 2013

Fecha de aceptación y versión definitiva: septiembre de 2013

RESUMEN: Este trabajo trata acerca de la influencia que el orador romano Marco Fabio Quintiliano mantuvo durante los dos primeros siglos de historia de la Compañía de Jesús. En este período, un elevado número de miembros de la orden jesuita fueron conocedores de la obra de Quintiliano y utilizaron sus enseñanzas en sus labores docentes e intelectuales, contribuyendo de este modo a la pervivencia y difusión del legado clásico.

PALABRAS CLAVE: Quintiliano, Jesuitas, Educación, Tradición clásica.

Classical thought and Christian intellectuality: Quintilian and the Society of Jesus

ABSTRACT: This work deals with the influence of the Roman rhetorician Marcus Fabius Quintilian during the first two centuries of history of the Society of Jesus. In this period, a large number of Jesuits were familiar with Quintilian's work, and used his teachings in their pedagogic and intellectual activities, contributing to the diffusion of the classical legacy.

KEY WORDS: Quintilian, Jesuits, Education, Classical tradition.

INTRODUCCIÓN

Comenzamos este texto enunciando su idea principal: la estrecha relación que ha unido durante siglos al profesor de retórica Marco Fabio Quintiliano con la orden jesuita. Este orador romano, autor de un tratado pedagógico titulado *Institutio oratoria*, debe a los jesuitas la difusión de su pensamiento

¹ Doctor en Ciencias Humanas y Sociales por la Universidad de La Rioja. E-mail: guillermo.soriano.sancha@gmail.com

entre varias generaciones de estudiantes europeos y americanos: fue en los colegios de la Compañía donde un gran número de intelectuales entre los que se cuentan Cervantes, Lope de Vega, Góngora, Descartes, Quevedo, Voltaire o Diderot, tuvieron su primer contacto con Quintiliano. Los jesuitas, por su parte, tomaron de Quintiliano algunas de las bases más importantes de su pedagogía, especialmente en los ámbitos ético y retórico. De hecho, muchos de los grandes nombres de la historia de la orden se moldearon como docentes siguiendo las enseñanzas del maestro latino. En las páginas que siguen realizaremos un recorrido por esta cuestión, tratando acerca de algunos destacados jesuitas que vivieron entre los siglos XVI y XVII de los que ha quedado constancia de su utilización de Quintiliano.

Empezaremos exponiendo las opiniones de algunos especialistas: por ejemplo, Aldo D. Scaglione afirmó que los jesuitas, «utilizando una aproximación retórica, como Quintiliano (quizá su fuente principal de inspiración) lo hubiera querido, buscaban la formación de la mente y del carácter del alumno por encima de la erudición»². Uno de los máximos exponentes de esta idea fue Juan Bonifacio, un distinguido pedagogo que contribuyó decisivamente al desarrollo del pensamiento educativo de la orden, que se expresó de la siguiente manera: «la Compañía quiere que seamos santos y sabios, seámoslo de veras, y si no podemos ser las dos cosas, seamos por lo menos virtuosos»³. Queda claro, por tanto, que desde sus orígenes, el principal objetivo de la educación jesuítica fue la formación moral de los alumnos para que se convirtieran en buenos cristianos. Esta orientación ética del proceso educativo tenía un precedente en la Antigüedad que halló su plasmación en la docencia de Quintiliano, que fue tomada como modelo. De este modo, la enseñanza de los colegios jesuitas se desarrolló de acuerdo a un principio esencial que quedaba enunciado en la *Institutio oratoria*: el de la formación de una persona buena, un *vir bonus*.

La profunda dependencia del programa educativo jesuítico respecto a los autores antiguos, y particularmente respecto a los retóricos latinos ha sido ampliamente recogida por la bibliografía. Por ejemplo, J. M. Iñurrategui sostiene que los estudios de humanidades de la Compañía «tenían por estrellas a exponentes de la retórica clásica como Cicerón y Quintiliano»⁴. En la misma línea se manifiesta Carmen Labrador, para quien «entre los autores clásicos latinos asumidos básicamente por la pedagogía de los jesuitas hay que destacar a Quintiliano, Cicerón y Virgilio»⁵. O según Capitán Díaz, los jesuitas estuvieron cada vez más impregnados de Cicerón y Quintiliano⁶. Sin

² A. D. SCAGLIONE, 1986, p. 57.

³ F. G. OLMEDO, 1939, p. 166.

⁴ J. M. IÑURRATEGUI, 1998, pp. 49-122.

⁵ C. LABRADOR, 1999, p. 6.

⁶ A. CAPITÁN DÍAZ, 1990, vol. I, p. 356.

embargo, el testimonio más significativo lo proporcionan unas palabras de François de Dainville: «Me permito señalaros la importancia de Quintiliano cuando se quiere comprender la pedagogía del siglo xvi y quizá de otras pedagogías (...) Quintiliano es el guía de los pedagogos jesuitas»⁷.

Una vez establecido este punto, continuaremos tratando acerca de la presencia de Quintiliano en las bases del sistema pedagógico establecido en los colegios de la orden: la *Ratio Studiorum*. Sin embargo, antes hay que advertir que existe un documento previo a la *Ratio*, las *Constituciones de la Compañía de Jesús*, cuyo proceso de redacción abarcó desde 1541 hasta 1594. Las *Constituciones* realizan algunas especificaciones sobre la enseñanza de la retórica, pero no hacen referencia explícita a los autores que deben estudiarse para la materia. En cualquier caso, su prioridad es que los autores que se lean «no ofendan las buenas costumbres»⁸.

El texto de la *Ratio Studiorum* de 1599 supuso un hito fundamental en la historia de la educación, puesto que desde esa fecha hasta 1773 fue el reglamento de estudios obligatorio para los colegios de la orden. Debido a ello, sus preceptos tuvieron una gran influencia en varias generaciones de estudiantes europeos y americanos. El programa estipulado por la *Ratio* no surgió de un día para otro, sino que tuvo un meditado desarrollo y se constituyó como el fruto de una prolongada colaboración entre diversos autores hasta su establecimiento final⁹. El texto definitivo fue promulgado el 8 de enero de 1599, pero antes de esa fecha hubo otros borradores que venían a reflejar el estado de la pedagogía jesuítica de la época, influida por la educación humanista de inspiración clasicista y fundamento retórico. Tanto es así que la *Ratio* «parece la utopía del humanismo», y supone un «manifiesto y encarnación en cifra del espíritu del humanismo»¹⁰. Esto puede deberse a que Ignacio de Loyola estaba convencido de que la literatura clásica proporcionaba una preparación necesaria para el estudio de la teología, lo que le decidió a adoptar la misma educación que se impartía en los colegios humanísticos. El programa establecido por los jesuitas asumió de este modo la convicción de que este tipo de formación era útil para conducir a los jóvenes por la senda del cristianismo, y que en algunos de los autores clásicos podían encontrarse «los valores permanentes del hombre, (...) que superan las circunstancias de cualquier época histórica y que por ello merecen el reconocimiento de maestros universales»¹¹.

⁷ F. D. DAINVILLE, 1978, p. 172.

⁸ S. ARZUBIALDE, J. CORELLA y J. M. GARCÍA, 1993: ofrece el texto de 1594 del que se realiza un estudio que sirve de guía a la lectura.

⁹ Sobre los orígenes de la *Ratio*, puede acudir a C. LABRADOR, 1999, pp. 26-43.

¹⁰ D. YNDURÁIN, 1994, p. 522.

¹¹ C. LABRADOR, 1999, p. 25.

Así, entre la selección jesuita de los escritores antiguos, Quintiliano tuvo siempre un puesto de privilegio, debido no sólo al valor pedagógico de su obra, sino también a su utilidad retórica, disciplina que tuvo mucha importancia en el sistema de enseñanza jesuítico, lo que terminó plasmándose en la *Ratio studiorum*. En palabras de Buenaventura Delgado, los jesuitas «ya desde sus comienzos, aceptaban varios autores como punto de partida de sus enseñanzas, aunque con claro predominio de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano»¹². Por ello, no resulta sorprendente que la influencia de los métodos pedagógicos de la *Institutio oratoria* se reflejase en la primera versión de la *Ratio studiorum* (1586), que incluía una alusión a Quintiliano y su recomendación acerca de que el aprendizaje del griego debería empezar al mismo tiempo que el latín: «los estudiantes se complacen en la variedad, como bien indica Quintiliano»¹³.

En la *Ratio* de 1599 esta mención desapareció, pero aunque no se cite explícitamente a Quintiliano, se siguen percibiendo en el texto algunos trazos de su influencia. Por ejemplo, la doctrina de la *Institutio oratoria* se deja notar en la organización de los estudios propuesta por los jesuitas. Pierre Mesnard pone como ejemplo que la *Ratio* de 1599 concede mucha importancia a la filosofía, algo que explica añadiendo que: «los jesuitas, cada vez más impregnados de ciencia y de Quintiliano, no tardarían en reconocer, siguiendo a sus maestros, la excelencia y la necesidad de esta disciplina madre»¹⁴. Además, otros autores han señalado que en el texto de la *Ratio* existen varios puntos, especialmente en los apartados dedicados a la enseñanza gramatical y retórica, que recuerdan a la preceptiva de la *Institutio oratoria*. Arantxa Domingo ha destacado que algunos ejercicios pedagógicos propuestos por Quintiliano fueron recogidos en la *Ratio*: la traducción, la paráfrasis, la elaboración de un escrito a partir de un tema propuesto por el profesor, y toda una serie de ejercicios dirigidos a que el alumno adquiera fluidez de palabra¹⁵. También Victoria Pineda ha mostrado otro aspecto en el que la preceptiva de la *Institutio* fue asimilada por la *Ratio*, que siguió en lo que se refiere a la imitación la línea trazada por Quintiliano del uso de la *imitatio* como ejercicio pedagógico¹⁶.

Entramos, por tanto, en este documento esencial de la pedagogía jesuita, un texto que recoge principalmente aspectos organizativos de las instituciones educativas: responsabilidades y deberes de los distintos cargos, organización de las actividades, tipos de exámenes, actividades escolares, etc.¹⁷.

¹² B. DELGADO (coord.), 1992-1994, vol. II, p. 60.

¹³ F. H. COLSON, 1924, p. LXXV.

¹⁴ P. MESNARD, 1974, p. 75.

¹⁵ A. DOMINGO MALVADI, 2001, p. 69.

¹⁶ V. PINEDA, 1994, p. 21.

¹⁷ Hemos consultado la edición de la *Ratio* que se incluye en E. GIL CORIA (ed.), 1999.

En definitiva, sus prescripciones se dedican principalmente a aspectos particulares para reglamentar el día a día de los colegios, cuestiones que no fueron tratadas por Quintiliano. No obstante, hay que tener en cuenta que las reglas establecidas por la *Ratio* se consideran adaptables a las circunstancias particulares de cada centro. Y saliendo de la pura normativa colegial, los jesuitas supieron sacar provecho de las enseñanzas de la Antigüedad. Por ello en cuanto a los criterios metodológicos sobre la educación siguieron la tendencia humanista, por lo que es posible encontrar puntos similares entre la *Ratio Studiorum* y la *Institutio oratoria*, algo usual en el ambiente educativo característico de la época en el que se inserta el texto jesuita.

Para no alargarnos en exceso, no realizaremos una comparación minuciosa entre ambos escritos. Baste decir que resulta destacable, por ejemplo, que gran parte del contenido de la *Ratio* se refiere al maestro, cuya figura cobra (igual que en la *Institutio*) una enorme importancia para los jesuitas. Y buena parte de las virtudes y características que se le atribuyen en la *Ratio* al buen docente recuerdan a la descripción del maestro ideal descrito por Quintiliano. De hecho, según J. M. Sousa, la intención de la *Ratio* es «orientar al profesor en la preparación de su enseñanza, basándose fundamentalmente en el pedagogo clásico Quintiliano, en lo que respecta a gran parte de la metodología recomendada»¹⁸. Asimismo, puede subrayarse que entre las claves pedagógicas que propone la *Ratio*, destaca la participación activa del alumno en el proceso educativo, por lo que se otorga una importancia esencial a la motivación para el aprendizaje, aspectos que recuerdan a los preceptos para la enseñanza de la infancia que establece la *Institutio oratoria*.

Por ejemplo, la *Ratio* prescribe que «como es necesaria la asiduidad en el ejercicio literario, así lo es también algún descanso», lo que recuerda a la doctrina de Quintiliano sobre la metodología adecuada para la formación de la niñez¹⁹. El texto jesuita señala asimismo que hay que premiar a los alumnos que hayan conseguido mejores resultados con alabanzas públicas, algo que también recogió la *Institutio oratoria*²⁰. También en la figura del maestro se aprecian evidentes similitudes, pues la *Ratio* prescribe «exhortar a evitar costumbres perjudiciales, detestar los vicios y practicar las virtudes dignas de un cristiano» y añade que «el profesor ni sea precipitado en castigar, ni excesivo en inquirir las faltas. Disimule más bien, cuando lo pueda hacer sin daño de nadie. Y no sólo no golpee él personalmente a nadie, sino que absténgase en absoluto de ofenderle de palabra o de hecho», lo que resultan ideas similares a las expresadas por Quintiliano²¹. Además, en las Reglas que se establecen

¹⁸ J. M. SOUSA, 2003, p. 40.

¹⁹ *Rat.* 53, M. F. QUINTILIANO, *Institutio oratoria* I, 1, 20. En adelante nos referimos a esta obra como *Inst.*

²⁰ *Rat.* 315-316, *Inst.* I, 2, 22-25.

²¹ *Rat.* 124 y 357, *Inst.* II, 2, 1-8.

para el profesor de Retórica y para el de Humanidades se incluyen ejercicios como la imitación, la traducción, la composición, la descripción, el análisis de discursos o poemas, etc., que también fueron aconsejados por la *Institutio*²². Finalmente, incluso sus planteamientos éticos coinciden con la enseñanza moral deseada por Quintiliano, ya que el objetivo de la docencia jesuita es que juntamente con las letras, los alumnos vayan aprendiendo también las costumbres dignas de un cristiano.

Así, puede concluirse que la *Ratio studiorum* es un texto de carácter organizativo y pragmático, por lo que la mayor parte de sus contenidos excluyen posibilidades de contraste con la obra de Quintiliano. Sin embargo, su metodología pedagógica, acorde con las tendencias humanistas de la época, sí presenta rasgos en común con la preceptiva de la *Institutio oratoria*. Por último, a modo de anécdota puede añadirse que en 1832 se introdujo una reforma en la *Ratio* de 1599 para que la obra de Quintiliano fuese estudiada con las de Cicerón y Aristóteles como manual de retórica²³. No obstante, lo que aquí interesa destacar es que a través de este programa y su desarrollo en miles de colegios, la Compañía de Jesús se convirtió en un vehículo decisivo para la difusión de la educación humanística. Sirvan pues para concluir, unas palabras de Fumaroli: «la pedagogía de los humanistas había restaurado la de Quintiliano, y fue esta pedagogía la que los jesuitas extendieron por toda la Europa católica y América Latina»²⁴. Esto es precisamente lo que explicaremos a continuación, analizando la presencia de Quintiliano en los distintos espacios geográficos en los que se extendió la Compañía de Jesús.

QUINTILIANO Y LOS JESUITAS EN ESPAÑA: 1544-1767

La situación de los colegios jesuitas durante los siglos XVI y XVII en España ha sido ampliamente estudiada²⁵. Por tanto, en estas líneas introductorias nos limitaremos a exponer algunos datos generales antes de centrarnos en la importancia que tuvo en ellos Quintiliano. El primer colegio de la orden en nuestro país fue fundado en Valencia en 1544. Doce años después, la Compañía dirigía ya 46 colegios. Durante las décadas siguientes la actividad funda-

²² *Rat.* 372-375.

²³ F. H. COLSON: 1924, p. LXXXVI.

²⁴ M. FUMAROLI, 2002, p. XXII.

²⁵ W. SOTO, 2006, pp. 105-133: trata sobre los colegios jesuitas y sus características en España y el resto de Europa. Sobre el currículum y las prácticas educativas en los colegios jesuitas de la época en España aporta cumplida información A. DOMINGO MALVADI, 2001, pp. 23-75. También B. DELGADO (coord.), 1992-1994, vol. II, ofrece una perspectiva general de los colegios jesuitas españoles de la época.

dora siguió siendo intensa, pues al llegar a 1615, la cifra aumentó hasta los 89 colegios²⁶. En opinión de Luis Gil, este crecimiento vertiginoso de los colegios jesuitas constituye el acontecimiento más reseñable de la educación española en la segunda mitad del siglo xvi, pues estima que en sus centros recibirían enseñanza unos veinte mil alumnos²⁷. El mismo cálculo había sido realizado por Olmedo, que sostuvo que «durante la segunda mitad del siglo xvi recibían formación literaria en nuestros colegios unos 20.000 alumnos por término medio»²⁸. Por tanto, los jesuitas constituyeron una fuerza educativa determinante en España, a través de la cual un gran número de estudiantes accedieron a los estudios de humanidades, y con ellos a Quintiliano, que fue un autor predominante en los colegios jesuíticos españoles del siglo xvi²⁹.

Pasamos ahora a fundamentar esta afirmación mediante una serie de ejemplos de su influencia en algunos de los jesuitas más destacados de la historia de España. Este repaso debe necesariamente comenzar con Ignacio de Loyola (1491-1556), aunque apenas existe bibliografía que trate sobre las fuentes clásicas de su pensamiento, ni parece que, dada la naturaleza esencialmente religiosa de sus escritos, pueda haber sitio para Quintiliano en sus *Ejercicios espirituales*. Probablemente debido a ello, en las investigaciones dedicadas a Loyola apenas se menciona a Quintiliano, y las que lo hacen, le incluyen de manera general entre otros educadores y pensadores de la Antigüedad influyentes en la cultura de la época.

Sin embargo, existe un estudio de Marjorie O'Rourke sobre la autobiografía que Ignacio de Loyola dictó al Padre Gonçalves da Câmara, que relaciona el pensamiento del fundador de los jesuitas con la retórica de Quintiliano³⁰. Esta investigadora propone una teoría revisionista de la biografía Ignaciana, que interpreta como un escrito retórico, pues considera el dictado realizado por Loyola como un discurso retórico epidíctico. Analizando el texto bajo ese prisma, encuentra en el fundador de la orden un profundo conocimiento de las herramientas retóricas, que utilizó para plasmar sus pensamientos con un estilo que representase su personalidad. De este modo O'Rourke proporciona numerosas muestras de cómo fueron aplicadas en el texto ignaciano las enseñanzas retóricas de la *Institutio oratoria*³¹. Puede pensarse, por tanto, que, dada la cultura retórica de la época, sus relaciones personales con destacados intelectuales, los años dedicados al estudio de la teología y las letras humanas y su interés hacia la pedagogía, Quintiliano

²⁶ W. SOTO, 2006, p. 123.

²⁷ L. GIL, 1997, p. 357.

²⁸ F. G. OLMEDO, 1939, p. 39.

²⁹ B. DELGADO (COORD.), 1992-1994, vol. II, pp. 57-78.

³⁰ M. O'ROURKE, 1997. El escrito original quedó inédito durante más de un siglo hasta que fue publicado en las *Acta Sanctorum*.

³¹ M. O'ROURKE, 1997, p. 33.

estuviese entre las lecturas que sirvieron de inspiración a Loyola para sus propósitos educativos.

Pasamos ahora a tratar de un estrecho colaborador de Ignacio de Loyola: el padre Jerónimo Nadal (1507-1580), que fue una figura clave en el desarrollo de la pedagogía jesuítica, ya que tuvo un papel destacado en la elaboración de las *Constituciones* de la orden. Es interesante señalar que el padre de este jesuita, el notario Antonio Nadal, poseyó un número notable de libros, en su mayor parte acerca de materias relativas a su oficio, y entre ellos sólo se contaban tres clásicos: Séneca, Ovidio y Quintiliano³². Por tanto, podría afirmarse que Jerónimo Nadal conocería al autor calagurritano desde sus primeros años en la casa paterna, e incluso puede plantearse la hipótesis de que Antonio Nadal utilizase su ejemplar de Quintiliano para la educación de sus hijos. Esto es algo que resulta probable dada la prominencia pedagógica de la que disfrutaba el orador de Calagurris en Mallorca durante esta época, ya que el educador mallorquín Arnau Descòs exhortó continuamente a sus alumnos al estudio de la retórica y sobre todo de Quintiliano³³. Lo que está claro es que posteriormente, Nadal utilizó en su propia docencia la preceptiva de la *Institutio*, porque el maestro jesuita incluyó en los estudios de humanidades una clase de retórica utilizando como textos algunos fragmentos de Quintiliano³⁴.

De este modo, Jerónimo Nadal proporciona un ejemplo de que antes de la elaboración de la *Ratio studiorum*, algunos de los más destacados miembros de la orden jesuita ya utilizaban en sus aulas y escritos la *Institutio oratoria*. Esto es algo que mostrarán igualmente los siguientes autores a los que vamos a referirnos. Entre todos ellos, posiblemente el que realizó la contribución más importante para la difusión del pensamiento de Quintiliano fue Cipriano Suárez (1524-1593). Este maestro escribió la primera retórica de la Compañía de Jesús, *De arte rhetorica libri tres ex Aristoteles, Cicerone & Quintiliano* (1562). Como su título revela, se trata de un manual dividido en tres libros que recoge las doctrinas de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano. Esta obra tuvo una importancia inconmensurable y fue un *best seller* de la literatura pedagógica, ya que, en los siguientes 173 años se hicieron al menos 134 ediciones en 45 ciudades europeas diferentes. A ello hay que añadir que para 1599, la orden tenía 245 escuelas, por lo que aproximadamente un cuarto de millón de estudiantes en Europa y Sudamérica accedía al manual de Suárez cada año. Como ya se ha adelantado, el escrito de Suárez es una recopilación de pasajes de los textos clásicos: Menéndez Pelayo señaló que está compuesto «por las mismas palabras de Aristóteles, Cicerón

³² J. NADAL, 2007, p. 24.

³³ J. N. HILLGARTH, 1991, p. 222.

³⁴ J. RICO VERDÚ, 1973, pp. 59-60.

y Quintiliano»³⁵, y en efecto, hay frases que comienzan con palabras literales de la *Rhetorica ad Herennium* y terminan con otras también literales de Quintiliano³⁶.

El tratado de Suárez está concebido con una finalidad docente, pues pretende ofrecer a los alumnos las primeras instrucciones para la retórica, sirviéndose de Quintiliano y Cicerón como fuentes principales. El propio Suárez declara en el prólogo que los educadores de la Compañía habían observado la necesidad de proporcionar a los estudiantes de retórica un texto que conjugase armónicamente la doctrina de los maestros de la Antigüedad. Entrando en aspectos concretos, puede decirse que sólo en la dedicatoria de la edición que hemos consultado: *De arte rhetorica libri tres* (Sevilla, 1569), se menciona a Quintiliano cinco veces, y se le califica de autor doctísimo y diligentísimo. Durante el resto de la obra, su nombre sigue apareciendo con frecuencia, pero donde mejor se aprecia su influencia es en los márgenes del manual, que Suárez utiliza para remitir a los autores de los que toma cada doctrina. De su análisis se deduce que en el primer libro, el jesuita se sirve abundantemente del tercero de la *Institutio oratoria*. En el segundo, remite en varias ocasiones a los libros cuarto, quinto, sexto y séptimo de Quintiliano; mientras que en el tercero sus referencias se centran en el libro octavo y noveno. Se observa, por tanto, una selección ordenada y lineal de los pasajes de la *Institutio*, que se disponen mayoritariamente según el orden que guardan en la obra de Quintiliano. Dicho esto, concluiremos que la dependencia del tratado de Suárez respecto a la *Institutio oratoria* es tan grande que aquí no puede entrarse en detalles. Para ampliar la información puede acudir a la traducción de la obra de Fernando Romo, que demuestra que Quintiliano aparece en diecisiete capítulos del libro primero, en veinte del segundo y en once del tercero³⁷. Más allá de esta amplia presencia en la obra, lo más destacable es que a través de este manual, un gran número de alumnos de varios países y varias generaciones accedieron a Quintiliano en sus estudios escolares.

Pero la obra de Suárez, si bien la más importante, no fue la única que utilizaron los jesuitas para la enseñanza de la retórica. Tras su muerte en 1593 comenzaron a aparecer tratados de otros miembros de la orden que compitieron por sustituir o complementar al manual de referencia³⁸. Luego veremos algunos de ellos, aunque adelantamos que el más relevante fue llevado a cabo por Bartolomé Bravo. Antes, para seguir el criterio cronológico,

³⁵ M. MENÉNDEZ PELAYO, 1974, p. 665.

³⁶ J. M. NÚÑEZ GONZÁLEZ, 2009, p. 473.

³⁷ Para ampliar la información puede acudir a la traducción al castellano del *De arte rhetorica libri tres* de Suárez a cargo de F. ROMO, que se incluye en M. A. GARRIDO GALLARDO (ed.), 2003.

³⁸ J. M. NÚÑEZ GONZÁLEZ, 2009, pp. 475-478.

trataremos de otros maestros jesuitas de la época de Suárez como Pedro Juan Perpiñá (1530-1566), que explicó a Cicerón y a Quintiliano en sus clases el Colegio Romano. Además, Perpiñá menciona abundantemente a Quintiliano en sus obras, incluyéndole entre los *laudatissimis auctoribus*. En otro pasaje, Perpiñá se refiere modestamente a sus propios escritos en contraste con los de los prestigiosos antiguos: «¿O es que le iba a parecer poco comparar mis insignificantes obras infantiles con las de Hermógenes y Quintiliano?»³⁹. Excelente conocedor de Quintiliano fue también el célebre intelectual Juan de Mariana (1536-1624), autor del tratado pedagógico *De rege et regis institutione* (1599), cuyo propósito era educar a un monarca católico ideal, y en el que queda claro que el maestro jesuita se basó ampliamente en la *Institutio oratoria* para su composición⁴⁰.

No obstante, entre los jesuitas del siglo XVI vamos a detenernos en Juan Bonifacio (1538-1606), que fue profesor de humanidades durante más de cuarenta años y colaborador en la elaboración de la *Ratio Studiorum*. Por ello se le ha calificado como «príncipe de los jesuitas humanistas del siglo XVI» o «gigante entre gigantes»⁴¹. Recientemente se ha publicado un monográfico sobre Bonifacio que complementa el clásico estudio de F. G. Olmedo⁴². En él, Javier Vergara ha realizado un completo análisis sobre el *Christiani pueri Institutio* (1575) de Bonifacio, que como indica su título es un tratado educativo para los niños cristianos. En su tiempo fue una obra popular y utilizada en los colegios jesuitas mientras la *Ratio* seguía en proceso de desarrollo. Su difusión la llevó tan lejos que se convirtió en el primer libro europeo publicado en China, en 1588.

Según Vergara, la obra de Bonifacio, síntesis de la teoría pedagógica jesuítica, es un reflejo de los ideales humanistas del Siglo de Oro español y del humanismo renovador de la Compañía de Jesús⁴³. Este investigador analiza los principios pedagógicos de Bonifacio y concluye que su ideal de perfección educativo quedaba fijado en el *vir bonus dicendi peritus*, un ideal ético atribuido a Catón que el maestro jesuita hizo suyo. Por último, Vergara examina los cinco libros de la obra de Bonifacio rastreando sus fuentes. Entre los autores romanos, destacan en número de referencias: Cicerón con veinticuatro, Plutarco con dieciocho, Plinio con trece y Valerio Máximo con

³⁹ Como ejemplo de las menciones de Perpiñá a Quintiliano, de las que hemos extractado estas citas, puede verse PETRI JOANNES PERPINIANI, 1749, pp. 25, 26, 40, 47, 67 92, 96 98, 99 y 100.

⁴⁰ Se amplía la información sobre esta obra en G. SORIANO (en prensa).

⁴¹ D. PÉREZ DELGADO (coord.), 2006, pp. 7-8.

⁴² Nos referimos a *Perficit*, 26 (2006), y a F. G. OLMEDO, 1939.

⁴³ J. VERGARA 2006, pp. 27-61: analiza los orígenes de la obra, la temática, sus fuentes, ediciones, proyección, etc.

once. En cambio, sólo existen tres citas a Quintiliano⁴⁴. Pasamos, por tanto, a centrarnos en la cuestión de su influencia en la obra de Bonifacio, que a nuestro parecer resulta más importante que lo que el exiguo número de alusiones parece indicar. Puede decirse para empezar que existen innumerables ejemplos que demuestran que en los escritos humanísticos, el número de citas a un autor determinado no revela una correlación exacta con su importancia en el texto. En muchas ocasiones, los humanistas tomaban contenidos de ciertas autoridades sin nombrarlas directamente, en ocasiones, dándolas por sobrentendidas. Puede ser que esta sea una de las causas que justifican la escasez de citas a Quintiliano, si tenemos en cuenta que en el prólogo Bonifacio ya había declarado que en su obra iba a seguir principalmente al orador de Calagurris, pues escribe que quiere formar un niño cristiano «siguiendo por las huellas de los hombres doctísimos y principalmente de Quintiliano, que queriendo instituir un orador perfecto y consumado, comenzó la cosa en la niñez»⁴⁵.

Además, para el título de su trabajo Bonifacio escogió la palabra *Institutio*, lo que parece otra muestra del paralelismo entre ambas obras. A ello hay que añadir que la fórmula del *vir bonus dicendi peritus*, aunque catoniana en origen, fue difundida por Quintiliano (que la asumió en *Inst.* XII, 1, 1), y durante el Renacimiento muchos humanistas la asociaron indisolublemente al nombre del autor de Calagurris. Entre ellos bien pudo contarse Bonifacio, que como veremos, fue conoecedor del duodécimo libro de la *Institutio*, donde queda definido el ideal del *vir bonus*. Asimismo, el ambiente educativo humanista y jesuita de la segunda mitad del siglo XVI, del que el *De Christiani pueri Institutio* es representante, estaba saturado de un quintilianismo pedagógico del que sin duda Bonifacio se hizo eco (sólo hay que referirse a la importancia que tuvo Quintiliano para jesuitas coetáneos como Nadal, Acevedo, Perpiñá, Suárez o Mariana). Otra prueba de la popularidad de Quintiliano en la época es que sus propios contemporáneos se dieron cuenta de la similitud de la obra de Bonifacio respecto a la *Institutio oratoria*, como muestra el preámbulo que escribió un profesor jesuita al *De Christiani pueri Institutio* al finales del siglo XVI:

«Ninguna otra cosa a mi parecer pretende él hacer [Bonifacio], cuando da avisos cómo se críen los niños bien y generosamente, de lo que antiguamente hizo Quintiliano, maestro escogido de orar, cuando desde las mismas mantillas y cunas procura enseñar y hacer un consumado orador»⁴⁶.

⁴⁴ J. VERGARA, 2006, pp. 44-45.

⁴⁵ J. VERGARA, 2006, p. 31.

⁴⁶ Madrid, Biblioteca Nacional, manuscrito 6513 (citado por F. G. OLMEDO, 1939, p. 107).

Este texto supone una prueba del conocimiento de Quintiliano entre los maestros jesuitas de la época, que reconocían en la obra de su compañero Bonifacio la huella de la *Institutio*. Por último, las propias palabras de Bonifacio proporcionan otro buen argumento en defensa de la admiración que sentía por el antiguo orador⁴⁷. Ejemplo de ello es la segunda cita, que se produce cuando Bonifacio declara que según Quintiliano, la infancia es la edad más resistente a la fatiga. Se trata de un comentario relevante porque es una idea que pertenece al libro primero de la *Institutio*: en estos primeros capítulos, Quintiliano muestra sus opiniones sobre la educación de la niñez, y constituyen los pasajes más importantes desde el punto de vista pedagógico de la obra. La cita de Bonifacio es prueba de que el jesuita conocía estas decisivas páginas sobre la educación de los niños.

La tercera cita se encuentra en una carta titulada *De recta institutione liber*, que se publicó en la edición de 1586 del *De Christiani pueri Institutio*. Escribe Bonifacio:

«Yo no censuro solamente, como tú, la materia, sino el mismo arte de Terencio, en el cual echa de menos Quintiliano algunas cosas, que también yo echo de menos. Muchas veces divaga y, como vid silvestre, se arrastra y se aleja del asunto cada vez más, y necesita, por tanto, hierro y podadera; por lo cual, dice Quintiliano, que hubiera tenido más gracia, si se hubiera contenido en los trámetros; y cree que los latinos no sobresalen en la comedia por no haber tenido un autor antiguo que hubiera podido servirles de modelo; de donde resulta que la comedia latina no es más que una leve sombra de la griega. Con gusto suscribiría lo que dices del arte de Terencio, o lo dejaría pasar, por lo menos, contentándome con censurar solamente la materia y los argumentos, si no me lo impidiese este gran retórico; pero, ¿quién va a anteponer su juicio al de Quintiliano?»⁴⁸.

Este pasaje resulta en nuestra opinión significativo. En él, Bonifacio realiza una adaptación de un pasaje de la *Institutio oratoria* perteneciente a un capítulo en el que Quintiliano hizo un recorrido crítico por los autores más sobresalientes de la Antigüedad grecolatina. Con las palabras de Bonifacio puede comprobarse que el jesuita respetaba el criterio de Quintiliano, al que califica como «gran retórico» y a cuyas opiniones sobre la literatura encuentra difícil oponerse⁴⁹. Por tanto, no seguiremos entrando en detalles

⁴⁷ La tercera cita que señala Vergara corresponde al proemio del libro sexto de la *Institutio oratoria*, y se refiere a la muerte del hijo de Quintiliano. A diferencia de las otras, no la comentamos en el texto puesto que más allá de dar a entender que Bonifacio conocía ese fragmento de la *Institutio*, no se trata de una mención con excesiva trascendencia.

⁴⁸ Traducción de F. G. OLMEDO, 1939, p. 160. Este texto se halla también, en el original latino, en JUAN BONIFACIO, *De sapiente fructuoso*, Ingolstadt, 1606, pp. 674-676.

⁴⁹ Se trata de *Inst.* X, 1, 99-100.

acerca de la metodología pedagógica de ambos autores, ya que guardan abundantes similitudes. Muchas de las declaraciones sobre la materia de Bonifacio coinciden con los planteamientos del maestro calagurritano, en especial las que tratan sobre la importancia y las posibilidades de la educación temprana de los niños. También cuando el jesuita define la figura del maestro ideal se observan paralelismos con la obra de Quintiliano⁵⁰.

Tras haber puesto de manifiesto algunas similitudes entre la *Institutio* y el *De Christiani pueri Institutio*, pasamos a comentar otro escrito de Bonifacio, *De sapiente fructuoso* (1586). Se trata de un texto formado por cartas distribuidas en cinco libros, en los que de nuevo, el autor más citado es Cicerón. Quintiliano también recibe varias menciones, y hay otros pasajes en los que se aprecia la influencia de la *Institutio*, aunque no se realicen citas directas de ella⁵¹. Por ejemplo, en el libro primero, al final de la carta tercera, declara Bonifacio: «Sea en buena hora un Lucano quien no pueda ser un Virgilio»⁵². Esta fórmula constituye un tópico recogido en obras retóricas anteriores, como el *De oratore* de Cicerón. La fórmula también fue usada por Quintiliano en un pasaje que argumenta que «si alguien no puede alcanzar la gloria de Aquiles en heroicas acciones de guerra, no despreciará por eso la alabanza que un Áyax y un Diomedes merecen, y quienes no fueron unos Homeros, no dejaron de ser unos Tirteos»⁵³. Con estos ejemplos, ambos autores pretendían explicar que hay que esforzarse siempre para llegar hacia lo más alto, aunque no lleguemos a ser los mejores. Entendemos, por tanto, que esta declaración da muestra de la asimilación por parte del escritor jesuita de uno de los principios pedagógicos de la *Institutio oratoria*, situado en las últimas páginas del libro XII, en las que Quintiliano establece unos ideales éticos de la pedagogía que Bonifacio podría estar asumiendo.

Otra muestra de la aceptación del ideal educativo de la *Institutio*, que antepone la moral al conocimiento, se halla en la carta primera del libro segundo, cuando el jesuita escribe que «la elocuencia y erudición valen muy poco, si no van acompañadas de la virtud»⁵⁴. Además, en la cuarta carta del libro segundo de esta obra se halla otra mención a Quintiliano. Bonifacio la dirige a un maestro que pegaba algunas veces a los niños, excusándose por ello en el hecho de que tenía muchos alumnos al cargo. Bonifacio le responde:

⁵⁰ Pueden verse algunas de estas ideas en F. G. OLMEDO, 1939, pp. 100-103.

⁵¹ Para nuestros comentarios sobre esta obra nos servimos principalmente del trabajo de Olmedo, que selecciona algunas cartas y pasajes como muestra de la obra, aunque también hemos consultado la citada edición de Ingolstadt de 1606.

⁵² F. G. OLMEDO, 1939, p. 144.

⁵³ *Inst.* XII, 11, 27.

⁵⁴ F. G. OLMEDO, 1939, p. 166.

«Permíteme que te diga, que aun teniendo en cuenta todo eso, no puedo aprobar tu conducta. Te mueve, según creo, a obrar así la autoridad de Quintiliano y de otros educadores antiguos; pero ten en cuenta que los tiempos han variado mucho y con los tiempos las costumbres»⁵⁵.

Estas líneas ofrecen un testimonio del conocimiento de las doctrinas pedagógicas de los autores de la Antigüedad entre los maestros jesuitas de la época. Pero Bonifacio recomienda no hacer siempre caso de las autoridades, porque considera necesario adaptarse a las circunstancias de su tiempo. Por otra parte, la alusión a Quintiliano por parte de Bonifacio resulta algo sorprendente. No sabemos si es que el maestro al que la dirige se había referido explícitamente a Quintiliano como garante de sus acciones: tal probabilidad no es descartable, puesto la *Institutio* recoge que era una costumbre aceptada y que Crisipo no la desaprueba, pero inmediatamente después expresa que su opinión al respecto es de completo rechazo⁵⁶.

Pasando a otro pasaje de la obra, en la carta novena del libro tercero, Bonifacio escribe que «la verdadera elocuencia no necesita postizos ni colores; le bastan sus colores naturales y la hermosura que le da su propia robustez y la riqueza y la pureza de su sangre», lo que recuerda a un fragmento de la *Institutio* que defiende un discurso viril y sin afectaciones⁵⁷. Por tanto, este pasaje da muestra de que la visión de la retórica de Bonifacio comparte con el antiguo maestro las líneas fundamentales del estilo apropiado para el buen orador. Asimismo, en la carta tercera del libro cuarto puede leerse:

«Los antiguos definían al orador: vir bonus dicendi peritus, porque veían la fuerza que tiene la palabra de un varón honrado y virtuoso para conmover a los demás. Según esto, ¿qué diremos del predicador cristiano? Que debe ser un santo. Por lo mismo que todos le ven, y le oyen y observan atentamente, es menester que no haya en él nada que contradiga a su predicación»⁵⁸.

Como hemos visto, esta es una idea que desarrolla la obra de Quintiliano, por lo que estimamos que con su general alusión a «los antiguos» Bonifacio está en realidad asimilando al predicador jesuita con el orador perfecto que define la *Institutio oratoria*. Para acabar, el último ejemplo que propondremos de las similitudes entre ambos autores se halla en la carta quinta del libro cuarto. En ella Bonifacio relata que:

⁵⁵ Traducción al castellano en F. G. OLMEDO, 1939, p. 174. El original latino puede consultarse en JUAN BONIFACIO, 1606, p. 184.

⁵⁶ *Inst.* I, 3, 14-17.

⁵⁷ Resulta similar a *Inst.* VII, 3, 6.

⁵⁸ F. G. OLMEDO, 1939, pp. 202-203.

«Marco Antonio, con la pretexto ensangrentada de César en la mano, levantó al pueblo contra los asesinos. Los antiguos oradores, para mover a compasión a los jueces, traían ante el tribunal a los hijos del reo, a su mujer desolada, a sus hermanas inconsolables y aun al mismo reo cargado de cadenas, triste, flaco, desaseado»⁵⁹.

Quintiliano menciona ejemplos similares a los planteados por el jesuita y narra también la anécdota de la toga ensangrentada de César en el capítulo primero del sexto libro de la *Institutio*⁶⁰. Ello supone un indicio de que Quintiliano es la fuente que Bonifacio estaba usando al escribir estas páginas, puesto que poco más adelante, el jesuita realiza una cita del mismo capítulo, esta vez citando directamente a Quintiliano⁶¹. Para terminar, debe aclararse que con lo dicho hasta aquí no se pretende dar la impresión de que la *Institutio oratoria* fuese la obra más importante en el pensamiento de Bonifacio, ni en modo alguno la única. El estudio de Vergara señala con precisión la amplia cultura cristiana, clásica y humanística poseída por este jesuita, y da buena idea de cuáles pudieron ser sus autores favoritos. Por tanto, sólo querríamos destacar que consideramos que Quintiliano tuvo una posición relevante entre los referentes del maestro jesuita, contribuyendo a condicionar de forma decisiva su actividad intelectual y pedagógica.

Junto a Bonifacio, es necesario mencionar a Pedro Pablo Acevedo (fallecido en 1573) como uno de los más destacados pedagogos jesuitas del siglo XVI. Un estudio ha concluido que sus obras son producto del sistema educativo vigente en los colegios de la Compañía, en los que se imitaban los principales presupuestos educativos establecidos por los humanistas⁶². Dado que entre los autores preferidos de Acevedo se encontraba Quintiliano, este personaje ofrece otro ejemplo del prestigio y difusión que el autor de la *Institutio* tenía entre los profesores jesuitas del siglo XVI. Aunque la obra de Quintiliano no se prescribía como un manual de uso habitual, puede pensarse, debido a las referencias a este autor y a pasajes de su obra que encontramos en los escritos de Acevedo, que ejerció una gran influencia en la pedagogía jesuítica. De hecho, Domingo ha mostrado numerosos ejemplos del seguimiento por parte de Acevedo de los métodos pedagógicos y de las teorías sobre la retórica y gramática de la *Institutio oratoria*. Baste decir que el maestro jesuita define la gramática de acuerdo a la doctrina de Quintiliano y que del mismo modo, cuando trata sobre la retórica, Acevedo se sirve como fuente la *Institutio*

⁵⁹ F. G. OLMEDO, 1939, p. 204.

⁶⁰ Se halla en *Inst.* VI, 1,31.

⁶¹ JUAN BONIFACIO, 1606, p. 416. *Inst.* VI, 1, 45.

⁶² A. DOMINGO MALVADI, 2001: se trata de una obra clave sobre el personaje, puesto que realiza un bosquejo biográfico de Acevedo y analiza la trasmisión de sus obras, de las que ofrece cronología y edición.

oratoria, de la que toma ideas y frases completas. En resumen, su influencia en este autor ha quedado demostrada por Domingo, quien concluye que «en las obras de Acevedo se advierte una predilección por Cicerón y Quintiliano, a quienes cita como ejemplos lingüísticos y morales»⁶³.

Para terminar, hay que añadir que Acevedo fue probablemente maestro de Miguel de Cervantes, puesto que trabajó como profesor en Córdoba desde 1554 y en San Hermenegildo en Sevilla de 1561 hasta 1572, donde se reencontraría con Cervantes, que sería también alumno suyo en Córdoba⁶⁴. El propio Cervantes realizó un elogio a la escuela sevillana con el elogio que le dedica en *El coloquio de los perros*. También Quevedo dio testimonio de su agradecimiento a los jesuitas por la formación que recibió de ellos⁶⁵. Tenemos así dos muestras de que la educación de los escritores en los estudios humanísticos tuvo una gran trascendencia en la literatura del Siglo de Oro⁶⁶.

Tras haber apuntado esta idea, trataremos acerca de otros jesuitas españoles de los siglos XVI y XVII que fueron conocedores de Quintiliano. El primero es Pedro de Ribadeneira (1526-1611), que utilizó su autoridad en cuestiones pedagógicas⁶⁷. Por su parte, Juan de Santiago fue autor de un tratado titulado *De Arte Rhetorica libri quator* (1595) en el que Quintiliano es mencionado frecuentemente, siendo tras Cicerón, la fuente más importante de la obra⁶⁸. También Bartolomé Bravo (1550-1607) escribió varios manuales destinados a la enseñanza del latín en las escuelas, el más popular de los cuales se titula *De arte oratoria* (1596). En esta obra se utiliza como modelo fundamental a Cicerón. No obstante, Bravo también incluye referencias a otros autores, entre los que destaca sobre todo Quintiliano. Su presencia en el tratado se concentra especialmente en el primero de los libros, en el que Bravo le cita en quince páginas distintas.

Otro autor de tratados retóricos escolares fue Juan Bautista Poza, profesor del Colegio Imperial de Madrid, que en su *Rhetoricae Compendium* (1615) pretendió realizar un manual que combinase la doctrina de los autores grecolatinos, ya que a su parecer Aristóteles era difícil de comprender sin tener gran erudición, los *Topica* de Cicerón resultaban oscuros, Hermógenes es enrevesado, y «Quintiliano posee una obra perfecta, pero no es acomodada a la enseñanza»⁶⁹. Seguimos con Juan Luis de la Cerda (1558-1643), quien desarrolló una importante tarea docente, pues fue profesor en los colegios

⁶³ Véase A. DOMINGO MALVADI, 2001, pp. 48, 60, 68, 69, 70, 72 y 638-639.

⁶⁴ B. DELGADO (coord.), 1992-1994, vol. II, p. 436.

⁶⁵ Para la relación a lo largo de su vida de Quevedo con la orden jesuita y algunos de sus miembros, véase J. O. CROSBY, 1998, pp. 215-235.

⁶⁶ Para ampliar información sobre este tema puede acudir a G. SORIANO, 2012.

⁶⁷ *Pedro De Rivadeneira*, 1868, pp. 89 y 93.

⁶⁸ Traducido al castellano por J. D. CASTRO en M. A. GARRIDO GALLARDO (ed.), 2003.

⁶⁹ J. RICO VERDÚ, 1973, pp. 184-185.

de Murcia, Oropesa y Madrid. Sin embargo, su contribución más significativa a la historia de la educación fue su adaptación de la Gramática de Nebrija, conocida como *Arte regia*, que pasó a ser texto único para la enseñanza del latín en España hasta 1768. Se trata de un texto para el aprendizaje gramatical que incluye varias alusiones a Quintiliano. Otra muestra de su conocimiento del autor de Calagurris se halla en una obra que de la Cerda dedicó a la educación de las mujeres, en la que menciona cinco veces a Quintiliano (al que califica de «maestro de la elocuencia») y le utiliza como autoridad para apoyar algunas de sus instrucciones, sobre todo en cuestiones educativas. De hecho, el autor jesuita resume el propósito de su obra con una alusión al maestro latino, «porque si el orador quiere Quintiliano, que se comience a instituir desde la cuna, cuánto más conviene que desde su niñez, se comience a poner en buenas costumbres y loables ejercicios la doncella que ha de servir a Dios»⁷⁰.

Más brevemente nos referiremos a otras figuras como Francisco Pérez de Nájera, autor de una *Orthographía castellana* (1604) en la que utiliza como autoridad a Quintiliano; Martín de Roa (1560-1637), que fue rector de varios colegios de la orden, le define en uno de sus escritos como «el gran maestro Quintiliano»⁷¹; el teólogo Juan de Pineda (1558-1637) realizó una decena de menciones a Quintiliano en sus *Comentarios a Job* (dos volúmenes, 1597-1601) y varias más en su *Comentario a Salomón* (1609); o el historiador Luis Alfonso de Carvallo (1571-1635), cuya obra de teoría poética *Cisne de Apolo* (1602) tiene una dependencia importante de la *Institutio oratoria*. Iniciamos otro grupo de autores con Gerardo Montano (1584-1632), profesor en el Colegio Imperial de Madrid que escribió un manual de uso escolar titulado *Compendium rhetoricae sine dispendio: ex Aristotele, Cicerone, Quintiliano* (1623); Juan Bautista Escardó (1581-1652), que utiliza a Quintiliano en su *Rhetorica christiana* (1647); y Juan de Villar, autor de un *Arte de la lengua Española* (1651), que inició su exposición sobre la ortografía con la definición que hace de ella en *Institutio oratoria*.

Mención aparte merece el predicador real y catedrático José de Ormaza (1617-1676), que fue un buen conocedor de Quintiliano, al que menciona varias veces en su *Thesaurus Manual* (1674) y en su *Censura de la elocuencia* (1648). La *Censura* fue una obra polémica que suscitó encendidas respuestas. Una de ellas, en la que se critica duramente a Ormaza, se titula *Trece por docena*, y fue escrita por el jesuita Valentín de Céspedes (1595-1668), hijo del humanista Baltasar de Céspedes y nieto de El Brocense. En esta obra se menciona en varias ocasiones a Quintiliano, al que se refiere como «ingenio tan

⁷⁰ JUAN LUIS DE LA CERDA, 1599. Las citas a Quintiliano se hallan en pp. 8, 99, 101, 203 y 243. La cita que mostramos proviene de p. 8.

⁷¹ MARTÍN DE ROA, 1615, p. 17.

relevante»⁷². Así pues, los personajes nombrados dan testimonio del conocimiento que tuvieron de Quintiliano los miembros de la Compañía de Jesús en el Siglo de Oro. Como último y paradigmático ejemplo de ello puede añadirse que uno de los jesuitas más universalmente reconocidos: Baltasar Gracián (1601-1658), fue asimismo un buen conocedor de la *Institutio oratoria*⁷³.

Terminaremos señalando que la influencia de Quintiliano en los jesuitas españoles perduró hasta la segunda mitad del siglo XVIII, época en que se produjo la expulsión de la orden. Valgan como ejemplo el padre José Alcázar (fallecido en 1697) o el cardenal Álvaro Cienfuegos (1657-1739), que escribió una biografía de Francisco de Borja en la que menciona a Quintiliano en cuatro ocasiones. En tres de ellas, utiliza su nombre para alabar la elocuencia de Borja y en otra califica al antiguo retórico de «príncipe de la elocuencia»⁷⁴. Especialmente significativa es la figura de José Francisco de la Isla (1703-1781), autor de la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes* (1758), que menciona a Quintiliano elogiosamente y con frecuencia. Además, esta obra da cuenta del prestigio que mantenía nuestro autor a mediados del siglo XVIII, puesto que en un pasaje se contrasta su autoridad frente a la de cualquier otro intelectual: «Di ahora a todos los magnates del mundo, y a cuantos maestros Fray Prudencios pueden tener las religiones mendicantes, que se vengan a contrarrestar a Quintiliano»⁷⁵. En este período es también destacable la figura de Antonio Codorniu, que en sus diferentes escritos cita con frecuencia al antiguo orador, alabando su juicio en *Dolencias de la crítica* (1760)⁷⁶, mientras que en *Desagravio de los autores* (1764) declara haber aprendido del maestro latino que la elocuencia es parte de la prudencia, y que donde esta falta, no hay verdadera elocuencia⁷⁷. Asimismo, en una obra dedicada a instruir a los predicadores: *El predicador evangélico* (1740), Codorniu incluye otras dos citas de Quintiliano⁷⁸.

Otros jesuitas conocedores del autor de la *Institutio* en esta época fueron Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809) y el ilustrado Juan Andrés y Morell (1740-1817)⁷⁹. Pero, para acabar, el mejor testimonio de la alta estima que

⁷² F. CERDÁN (ed.), 1998, p. 133.

⁷³ Del uso de todos estos autores de Quintiliano hemos tratado en G. SORIANO, 2013.

⁷⁴ ÁLVARO CIENFUEGOS, 1754, pp. 2, 49, 179, 507 (la cita proviene de p. 49).

⁷⁵ JOSÉ FRANCISCO DE LA ISLA, 1813, p. 107.

⁷⁶ ANTONIO CODORNIU, 1760, pp. 32, 41, 155, 169 y 170.

⁷⁷ ANTONIO CODORNIU, 1764. Las citas a Quintiliano se hallan en pp. 36, 38, 84, 100, 103, 105 y 200. La cita que mostramos se refiere probablemente a *Inst.* VI, 5, 11.

⁷⁸ ANTONIO CODORNIU, 1847, pp. 82 y 156.

⁷⁹ Sobre el conocimiento de Quintiliano de HERVÁS y PANDURO, véase G. SORIANO, 2013. Por su parte, JUAN ANDRÉS menciona a Quintiliano en una carta a su hermano Carlos: *Cartas familiares del abate Juan Andrés*, Madrid, 1786, p. 73.

sentían los jesuitas españoles del siglo XVIII por Quintiliano son unas palabras de Andrés Marcos Burriel (1719-1762), catedrático de filosofía en el Colegio Máximo de Alcalá, para quien: «La Antigüedad no conoció entre los gentiles mayor juicio que el de Quintiliano»⁸⁰. Con este ejemplo acabamos el recorrido por los jesuitas de nuestro país. Pero la influencia de Quintiliano en la orden no se limitó a los autores españoles, sino que se extendió por todos los países en los que la Compañía tuvo colegios. Pasamos, por tanto, a tratar sobre ellos.

QUINTILIANO Y LOS JESUITAS EUROPEOS ENTRE LOS SIGLOS XVI Y XVIII

Andrea Battistini sostiene que en los colegios jesuitas italianos de mediados del XVI se hizo un amplio uso de la *Institutio oratoria*, que sirvió como manual de clase en Bolonia o Messina⁸¹. No obstante, aquí vamos a centrarnos en la importancia de Quintiliano en la labor de los jesuitas italianos en la Contrarreforma. En esta época y con el apoyo del papado, se fundaron numerosos colegios en los que los jesuitas asumieron la responsabilidad de formar una élite católica que pudiera oponerse al movimiento reformista. Según Mouchel, la Compañía de Jesús trató de difundir la elocuencia ciceroniana en sus aulas para formar a los futuros predicadores católicos, a los que se quiso dotar de una sólida formación gramatical y filológica junto a una profunda enseñanza filosófica y teológica⁸². También McGinnes destaca la importancia durante la Contrarreforma de la formación de los predicadores, y señala que el programa educativo jesuita enfatizó el ideal de Quintiliano de formar individuos éticamente buenos para la transformación de la sociedad⁸³. Así la retórica se puso al servicio de la Iglesia, que trató de desarrollar un discurso que inspirase a las masas del catolicismo. Debido a ello, desde 1570, las retóricas eclesiásticas trataron en profundidad de las técnicas de la acción y la pronunciación del sermón, temas en los que la obra de Quintiliano resultó una fuente decisiva. Un buen ejemplo de esta situación lo proporcionan autores italianos como Carbone, Belarmino o Reggio.

El cardenal jesuita Roberto Belarmino (1542-1621) fue una figura importante en la Contrarreforma y desarrolló una retórica inspirada en la tradición clásica, siguiendo los pasos de Aristóteles y Quintiliano⁸⁴. Por su parte, el

⁸⁰ VICENTE XIMENO, 1749, p. XI.

⁸¹ A. BATTISTINI, 2000, pp. 185-238.

⁸² Para esta cuestión resulta ilustrativo el trabajo de C. MOUCHEL, 1999, pp. 431-498.

⁸³ F. J. MCGINNES, 1995, p. 24.

⁸⁴ J. BRODRICK, 1961, p. 31.

profesor de la Universidad de Perugia Ludovico Carbone (1545-1597) estudió en el Colegio Jesuita romano y en sus obras difundió los resultados de su aprendizaje adquirido allí. Carbone tuvo entre sus maestros a Cipriano Suárez, en honor a cuyo magisterio escribió unas *Tablas retóricas* (1589) como guía para la obra de Suárez. En ellas Carbone dedica a Quintiliano media docena de menciones⁸⁵. En otros escritos, Carbone también hizo uso de Quintiliano, al que cita en *De oratoria et dialectica inventione* (1589) y en su *Divinus orator* (1595), en el que le nombra para destacar que «una vida honrada mueve más al auditorio que las palabras»⁸⁶. Por último puede mencionarse a Carlo Reggio, que publicó en Roma su *Orator christianus* (1612), la más vasta retórica eclesiástica publicada hasta la fecha, en la que se recogen numerosas citas de la *Institutio oratoria*⁸⁷.

Ya avanzado el siglo XVII, se sigue percibiendo la influencia de Quintiliano entre los jesuitas italianos. Da prueba de ello Francesco Sacchini (1570-1625), cuyo *Protepticon ad Magistros Scholarum inferiorum* (1626) hizo suyas las alabanzas a la gramática de la *Institutio oratoria*⁸⁸. Más interesante es el caso de Agostino Mascardi (1590-1640), que ocupó la cátedra de retórica del Colegio Romano y fue autor de un influyente manual histórico: *Dell'arte historica trattati cinque* (1636), en el que Quintiliano tiene una presencia constante, siendo nombrado más de noventa veces⁸⁹. También puede mencionarse al destacado teórico literario jesuita Emmanuele Tesaurò (1592-1675), que aludió a Quintiliano con frecuencia en sus escritos⁹⁰. Por último nos referiremos a Daniello Bartoli (1608-1685), autor de una producción prolífica entre la que destaca el influyente tratado *Luomo di lettere difuso e emendato* (1645), en el que Quintiliano tiene una importante presencia. Lo mismo sucede en el resto de sus escritos: baste decir que en el primer tomo de sus obras completas hay al menos veinticinco alusiones al antiguo retórico, cuya doctrina sirvió a Bartoli como referencia en varios aspectos de la cultura⁹¹. Finalmente, como último ejemplo de la larga pervivencia del conocimiento de la *Institutio oratoria* entre los jesuitas italianos puede señalarse a Ludovico Antonio Muratori (1672-1750), a quien se considera el padre de la historiografía italiana, que fue un profundo conocedor de Quintiliano al que cita con admiración decenas de veces en varias de sus obras⁹².

⁸⁵ J. DIETZ MOSS y W. A. WALLACE, 2003, p. 206.

⁸⁶ J. DIETZ MOSS y W. A. WALLACE, 2003, p. 413.

⁸⁷ En la edición romana de 1612 hemos encontrado citas de Quintiliano en las siguientes páginas: 59, 76, 427, 439, 442, 443, 444, 575, 579, 583 y 605.

⁸⁸ FRANCESCO SACCHINI, 1626, p. 38. Hay otra alusión a Quintiliano en p. 48.

⁸⁹ Puede verse G. SORIANO, 2013.

⁹⁰ EMMANUELE THESAURÒ, 1741, incluye al menos nueve referencias a Quintiliano.

⁹¹ DANIELLO BARTOLI, 1716.

⁹² Como muestra de ello puede verse la enorme cantidad de referencias a Quintiliano que se hallan en la *Opere del proposto Ludovico Antonio Muratore*, t. IX, Arezzo,

Pasamos ahora a Francia, donde durante el siglo XVI se desarrolló una intensa educación humanística que tuvo su repercusión en la gestación del programa educativo jesuita, puesto que los métodos pedagógicos y organizativos de la *Ratio studiorum* muestran una clara influencia de la disciplina y los modelos educativos que seguía el colegio de Montaigu de París, en el que se educaron Loyola, Nadal y Ledesma⁹³. Pese a este precedente, los primeros pasos de la Compañía en Francia no fueron fáciles: según Fumaroli la llegada de los jesuitas en 1551 fue vista por algunos como una nueva etapa del imperialismo religioso de la Santa Sede, por lo que fueron criticados en sus primeros años⁹⁴. Sin embargo, la Compañía disfrutó después de un exitoso desarrollo durante dos siglos: algunos jesuitas franceses estuvieron entre los más destacados miembros de la orden de todo el continente, y en sus colegios se formaron muchos personajes que jugarían luego un importante papel en la cultura europea. Además, un buen número de docentes jesuitas tuvieron la *Institutio oratoria* como obra de referencia y aplicaron sus enseñanzas en el centenar de colegios que la orden tenía en Francia hasta su expulsión en 1764⁹⁵.

Para dar algunas pruebas de esta afirmación, realizaremos un rápido repaso por algunos notables jesuitas franceses de esta época: puede comenzarse por Edmond Auger (1530-1591), cuyo pensamiento estuvo influido por Quintiliano, con quien compartió por ejemplo la idea de que el orador necesitaba formación musical⁹⁶. Por su parte, Jean Voellus (1541-1610) utilizó ampliamente la *Institutio oratoria* en sus escritos pedagógicos⁹⁷. Es destacable asimismo la figura de Nicolas Caussin (1583-1651), autor de *De Eloquentia sacra et humana* (1643), obra fuertemente inspirada por la *Institutio oratoria*⁹⁸, y la de Marin Mersenne (1588-1648), quien se muestra seguidor de Quintiliano en sus *Quaestiones celeberrimae* (1623)⁹⁹.

Entre los jesuitas nacidos en el siglo XVII puede mencionarse a Pierre Le Moyne (1602-1671), autor de un manual escolar para la enseñanza de la historia en el que se utiliza la doctrina sobre la materia de la *Institutio oratoria*; a Martin Du Cygne (1619-1669), quien tomó como pilares de sus obras retó-

1749.

⁹³ A. DOMINGO MALVADI, 2001, p. 4.

⁹⁴ M. FUMAROLI, 2002, pp. 234-235.

⁹⁵ E. FLAMMARION, 1998, vol. III, pp. 1275-1289.

⁹⁶ F. A. YATES, 1988, p. 167.

⁹⁷ La mejor prueba es su *Generale Artificium Orationis*, Colonia, 1600. Voellus se sirve especialmente de la preceptiva de los tres primeros capítulos del libro IX de la *Institutio* (véanse pp. 88-94).

⁹⁸ En esta obra del jesuita francés, las menciones del nombre de Quintiliano son muy abundantes.

⁹⁹ Más información sobre esta obra en G. SORIANO, 2013.

ricas a Aristóteles, Cicerón y Quintiliano ¹⁰⁰; o a René Rapin (1621-1687), un profesor de retórica que cita constantemente a Quintiliano en sus obras ¹⁰¹. Similar es el caso de Dominique Bouhours (1628-1702), un destacado pedagogo, gramático e historiador que fue un ferviente admirador de la obra de Quintiliano, a quien citó abundantemente en sus escritos ¹⁰². Algo parecido puede decirse de Joseph de Jouvancy (1643-1719), uno de los mejores profesores de retórica de su época, que siguió en su práctica pedagógica las enseñanzas de la *Institutio oratoria* ¹⁰³. También Dominic de Colonia (1660-1741) siguió la tradición jesuita de componer manuales mediante la selección de textos de los autores antiguos, pues admite en el prólogo de su *De arte rhetorica* (1710) que se había basado en Aristóteles, Cicerón, Quintiliano, Demetrio de Falero, Hermógenes y Longino ¹⁰⁴. Por su parte, Claude Buffier (1661-1737), uno de los más destacados educadores de la primera mitad del siglo XVIII, llegó a escribir sus propias observaciones sobre la *Institutio oratoria* ¹⁰⁵. Por último mencionaremos a Nicolas Gédoyne (1667-1744), un profesor de retórica que llevó a cabo una traducción al francés de la *Institutio* en 1718, y que citó abundantemente a Quintiliano en sus escritos pedagógicos.

Todos estos autores que se han introducido con suma brevedad suponen una prueba de la veracidad de una afirmación de Caravolas, quien sostiene que en Francia, Quintiliano fue el verdadero mentor (*maître à penser*) del pensamiento de los jesuitas ¹⁰⁶. Asimismo de este listado de autores puede inferirse la importancia que tuvo Quintiliano en la docencia jesuita durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Esta no es en absoluto una cuestión baladí, porque en las aulas de estos maestros se formaron intelectuales de la talla de Nicolas Boileau, Jean de la Bruyère, Voltaire, Racine, Diderot o Descartes. Es posible que todos ellos entrasen en contacto por primera vez con Quintiliano en los colegios de la Compañía, por lo que de esta manera el pensamiento del autor de la *Institutio oratoria* se mantuvo vivo hasta la Ilustración.

Seguimos con el caso de Portugal, donde la Compañía de Jesús abrió su primer colegio en 1542 y con el paso de los años llegó a contar con gran número de alumnos en sus centros. La figura más destacada entre los jesuitas portugueses es la de Manuel Álvares (1526-1583), cuyo *De institutione grammati-*

¹⁰⁰ M. BEUCHOT, 1996, p. 83.

¹⁰¹ Véase, por ejemplo, RENÉ RAPIN, 1725.

¹⁰² La presencia del autor latino es importante, por ejemplo, en DOMINIQUE BOUHOURS, 1735: hemos encontrado una veintena de menciones a Quintiliano, al que se acude como guía sobre la elocuencia y el adecuado estilo literario.

¹⁰³ J. A. CARAVOLAS, 2000, p. 273.

¹⁰⁴ DOMINIC DE COLONIA, 1789.

¹⁰⁵ Las observaciones de Buffier a la *Institutio* se incluyen en CLAUDE BUFFIER, 1732, pp. 415-418.

¹⁰⁶ J. A. CARAVOLAS, 2000, p. 280.

cae libri III fue una obra de gran importancia, puesto que fue prescrita por la *Ratio studiorum* de 1599 como manual de gramática para las escuelas jesuitas de todo el mundo ¹⁰⁷. De este modo, el tratado de Álvares se convirtió en un formidable instrumento de difusión del pensamiento de Quintiliano, que aparece nombrado en más de cien ocasiones en el manual. Además, un siglo después nuestro autor seguía siendo referencia para los jesuitas portugueses, como prueba Bento Pereira (1605-1681), que hizo un amplio uso de la *Institutio* en sus recopilaciones de sentencias de la Antigüedad ¹⁰⁸.

En las regiones de Centroeuropa cabría esperar un panorama similar, ya que también en los programas de las escuelas jesuitas de los países germánicos los autores clásicos fueron muy importantes. Y como en otros lugares de Europa, entre los más admirados escritores de la Antigüedad se encontraba Quintiliano. Ejemplo de ello es que en Alemania, el jesuita Jacob Balde (1604-1668) disfrutó de una reputación tan grande como erudito y maestro que algunos de sus contemporáneos le denominaban ‘el segundo Quintiliano’ o ‘el Quintiliano jesuita’ ¹⁰⁹. Estos calificativos suponen una prueba del reconocimiento que disfrutaba el autor de la *Institutio* entre los jesuitas alemanes durante el siglo XVII. Pero Balde no fue el primero ni el único jesuita de esta región que se sirvió para su docencia de las enseñanzas de Quintiliano. Como precedente puede mencionarse al checo Jacobo Pontano (1542-1626), que fue autor de dos manuales utilizados en todos los colegios jesuitas alemanes a principios del siglo XVII. El primero se titula *Progymnasmata Latinitatis* (1588) e incluye al menos una veintena de alusiones a Quintiliano, al que Pontano califica de autor eminentísimo y de erudito e ingenioso maestro de la elocuencia ¹¹⁰. El segundo tratado lleva por título *Poeticae institutionis libri tres* (1594) y se trata de una obra de teoría poética que también está influida por el autor de Calagurris, al que Pontano califica de hombre de gran juicio, así como de docto Fabio ¹¹¹. Pontano se hizo eco del capítulo primero del libro X de la *Institutio*, reproduciendo para sus alumnos los ejemplos de crítica literaria ofrecidos por el maestro latino. El escritor jesuita también recogió sus enseñanzas sobre el pulimiento de los textos ¹¹²; y, transmitió a los estudiantes las recomendaciones de Quintiliano para el apren-

¹⁰⁷ D. PÉREZ, 2006, p. 8.

¹⁰⁸ Ampliamos la información sobre la presencia de Quintiliano en esta obra en G. SORIANO, 2013.

¹⁰⁹ J. J. MURPHY (ed.), 1989, p. 198.

¹¹⁰ JACOBUS PONTANUS, 1599. Los calificativos vienen de pp. 293 y 435. Otras citas a Quintiliano en pp. ix, 14, 15, 16, 48, 173, 223, 232, 295, 327, 354, 370, 412, 414, 419, 420, 427, 430 y 456.

¹¹¹ JACOBUS PONTANUS, 1600. Los apelativos a Quintiliano proceden de pp. 50 y 117. Otras menciones en pp. 31, 41, 44, 121, 139, 161 y 218.

¹¹² Reproduce en su obra (p. 53), *Inst.* X, 4, 3-4.

dizaje de la escritura: Pontano copia un largo pasaje de la *Institutio* y concluye citando una sentencia de Quintiliano: «escribiendo rápido no se llega a escribir bien, escribiendo bien se consigue escribir rápido»¹¹³. En suma, los trabajos de Pontano ponen de manifiesto la presencia que tuvo Quintiliano entre los jesuitas centroeuropeos con anterioridad a la elaboración de la *Ratio studiorum*. Además, debido a la difusión de estos manuales y su uso en numerosos centros escolares, se convirtieron en un medio a través del cual numerosos intelectuales de los países germánicos accedieron a un primer conocimiento de la *Institutio oratoria*.

Para acabar, debe señalarse que del mismo modo que en otros lugares de Europa, la relación entre los jesuitas y el maestro latino continuó en esta región durante el siglo XVIII. Como prueba de ello puede mencionarse a Franciscus Lang (1654-1725), que hizo amplio uso de la *Institutio oratoria* en su *Dissertatio de accione scenica* (1717), el primer manual de actuación publicado en Alemania. Por último, haremos mención a otro jesuita checo: Bohuslav Balbin (1621-1688), cuyos escritos se muestran influidos por un gran número de autores antiguos, entre los que se cuenta Quintiliano. En el *Verisimilia humaniorum disciplinarum* (1666), Balbin demuestra su asimilación de algunas bases pedagógicas de la *Institutio oratoria*. En la obra hay más de treinta menciones al autor de Calagurris, al que Balbin se refiere como *maximus dicendi magister*¹¹⁴. Este personaje también compuso otros manuales de retórica en los que utilizó igualmente la preceptiva de Quintiliano. Por ejemplo, en la *Brevis tractatio de amplificatione oratoria*, le menciona en numerosas ocasiones y le califica como *dicendi magister optimus*¹¹⁵.

Por último, la actividad docente de la Compañía de Jesús no se detuvo en las fronteras del continente europeo, sino que puso sus miras en las tierras del otro lado del Atlántico. Desde su llegada a México en 1572, los jesuitas desarrollaron un programa educativo similar al que venían impartiendo en sus colegios europeos. De este modo llevaron a cabo en América una labor pedagógica en la que Quintiliano tuvo un notable protagonismo. Por tanto, son muchos y muy destacados los jesuitas como Bernardino Llanos (1559-1639), Tomás González (1598-1659), Pablo José de Arriaga (1564-1622), Mateo Galindo, o Vicente López, que dan muestra del uso de Quintiliano por parte los principales docentes de la Compañía en tierras americanas, desde que comenzó a funcionar su primer colegio, hasta su expulsión en 1767. Gracias a esta labor, Quintiliano y su pensamiento pasaron a miles de alumnos en el Nuevo Mundo¹¹⁶.

¹¹³ Pontano copia esta vez (p. 25) *Inst.* X, 3, 5-6. La cita proviene de X, 3, 10.

¹¹⁴ BOHUSLAV BALBIN, 1701, p. 5.

¹¹⁵ BOHUSLAV BALBIN, 1701, p. 37.

¹¹⁶ Sobre estos educadores y su relación con Quintiliano se amplía la información en G. SORIANO, 2013.

CONCLUSIONES

Con el listado de nombres presentados, se da por cumplido el objetivo del presente estudio, que no ha sido otro que mostrar la importancia que un elevado número de jesuitas de varios países concedieron a Quintiliano durante más dos siglos. Sus usos de este autor latino revelan en primer lugar la existencia de una notable homogeneidad entre los distintos países de Europa e incluso de América; y en segundo lugar, dan muestra de la larga duración que caracteriza a numerosas manifestaciones culturales que tuvieron su origen en el primer Renacimiento y que es posible encontrar hasta la Ilustración. En este caso, el uso pedagógico de Quintiliano es perceptible desde mediados del siglo xvi en jesuitas como Nadal, Suárez, Bonifacio, Acevedo, Mariana, Pontano o Auger hasta bien entrado el siglo xviii en otros como Burriel, Muratori o Buffier.

Para terminar podría añadirse que esta tradición se ha mantenido hasta hoy, y los docentes y escritores jesuitas de la actualidad, orgullosos de su legado histórico, siguen citando con admiración y aprecio a Quintiliano. En palabras de Alfonso Reyes: «el plan académico de Quintiliano será de larga trascendencia. Aún persiste en los seminarios jesuíticos»¹¹⁷. Por tanto, estimamos que debe cambiarse la concepción del tema establecida por un estudio de la *Institutio oratoria*, F. H. Colson, quien pensaba que la posición educativa de Quintiliano comenzó a declinar a mediados del siglo xvi, y que probablemente el primer factor de este declive fueron las escuelas de los jesuitas¹¹⁸. Colson tenía en mente la sustitución jesuítica de los textos clásicos por manuales propios, pero en realidad los tratados de la Compañía sobre cuestiones educativas, gramaticales o retóricas siempre reconocieron su deuda hacia la *Institutio oratoria*. Por esta razón, más bien hay que decir que sucedió todo lo contrario a lo que Colson sostenía: Quintiliano no entró en declive por los jesuitas, sino que gracias a los colegios de la orden, varias generaciones de estudiantes en Europa y América entraron en contacto con sus enseñanzas. No podemos entrar ahora en las consecuencias para la cultura occidental de esta transmisión del legado clásico que representa Quintiliano, pero como adelanto de esta idea valga un perspicaz razonamiento de F. G. Olmedo, que al calcular el grandísimo número de alumnos que tuvieron los jesuitas, supo ver «su influjo extraordinario en la cultura literaria del Siglo de Oro»¹¹⁹.

¹¹⁷ A. REYES, 1997, p. 456.

¹¹⁸ F. H. COLSON, 1924, pp. LXXV-LXXVI.

¹¹⁹ F. G. OLMEDO, 1939, p. 42.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

- ANDRÉS, JUAN (1786), *Cartas familiares del abate Juan Andrés* (1786), Madrid.
- BALBIN, BOHUSLAV (1701), *Brevis tractatio de amplificatione oratoria*, Praga.
- (1701), *Verisimilia humaniorum disciplinarum*, Praga.
- BARTOLI, DANIELLO (1716), *Opere del padre Daniello Bartoli*, Venecia.
- BONIFACIO, JUAN (1606), *De sapiente fructuoso*, Ingolstadt.
- BOUHOURS, DOMINIQUE (1735), *La Manière de bien penser dans les ouvrages d'esprit*, París.
- BUFFIER, CLAUDE (1732), *Cours des Sciences*, París.
- CERDA, JUAN LUIS DE LA (1599), *Libro intitulado vida política de todos los estados de mujeres...*, Alcalá de Henares.
- CIENFUEGOS, ÁLVARO (1754), *La heroica vida, virtudes y milagros del Grande San Francisco de Borja*, Barcelona.
- CODORNIU, ANTONIO (1760), *Dolencias de la crítica*, Gerona.
- (1764), *Desagravio de los autores y facultades que ofende el Barbadiño*, Barcelona.
- (1847), *El predicador evangélico. Breve método de predicar la palabra de Dios con arte y espíritu*, Vic.
- COLONIA, DOMINIC DE (1789), *De arte rhetorica*, Alcalá de Henares.
- ISLA, JOSÉ FRANCISCO DE LA (1813), *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Cam-pazas, alias Zotes*, Fontenebro.
- MURATORE, LUDOVICO A. (1749), *Opere del proposto Ludovico Antonio Muratore*, Arezzo.
- PERPINIANI, PETRI JOANNES (1749), *Opera*, t. III, Roma.
- PONTANUS, JACOBUS (1599), *Progymnasmatum latinitatis*, Ingolstadt.
- (1600), *Poeticae institutiones libri tres*, Ingolstadt.
- RAPIN, RENÉ (1725), *Ouvres du P. Rapin*, t. I, La Haya.
- RIVADENEIRA, PEDRO DE (1868), *Obras escogidas del Padre Pedro de Rivadeneira*, Madrid.
- ROA, MARTÍN DE (1615), *Flos sanctorum, fiestas i santos naturales de la ciudad de Cordova*, Sevilla.
- SACCHINI, FRANCESCO (1626), *Protepticon ad Magistros Scholarum inferiorum*, Dillingen.
- THESAURO, EMMANUELE (1741), *Cannocchiale Aristotelico*, Madrid.
- VOELLUS, JEAN (1600), *Generale Artificium Orationis*, Colonia.
- XIMENO, VICENTE (1749), *Escritores del reino de Valencia*, Valencia.

ESTUDIOS

- ARZUBIALDE, S.; CORELLA, J., y GARCÍA, J. M. (eds.) (1993), *Constituciones de la Compañía de Jesús*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- BATTISTINI, A. (2000), «La retorica nei manuali per i collegi», en *Galileo e i gesuiti. Miti letterari e retorica della scienza*. Milán: Vita e Pensiero, pp. 185-238.
- BEUCHOT, M. (1996), *Rétoricos de la Nueva España*. México: UNAM.
- BRODRICK, J. (1961), *Robert Bellarmine, Saint and scholar*. Westminster-Maryland: Newman Press.

- CAPITÁN DÍAZ, A. (1990), *Historia de la Educación en España*. Madrid: Dykinson.
- CARAVOLAS, J. A. (2000), *Histoire de la didactique des langues au siècle des Lumières*. Montréal: Presses de l'Université.
- CERDÁN, F. (ed.) (1998), *Valentín de Céspedes. Trece por docena*. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.
- COLSON, F. H. (1924), *M. Fabii Quintiliani Institutionis oratoriae: liber I*. Cambridge, Cambridge University Press.
- CROSBY, J. O. (1998), «Cuarenta y dos cartas de Quevedo a dos jesuitas distinguidos», en *La Perinola*, 2, pp. 215-235.
- DAINVILLE, F. DE (1978), *L'Éducation des jésuites (xvi-xvii siècle)*. París: Minuit.
- DELGADO, B. (coord.) (1992-1994), *Historia de la educación en España y América*. Madrid, SM-Morata (3 vols.).
- DIETZ MOSS, J., y WALLACE, W. A. (2006), *Rhetoric & Dialectic in the time of Galileo*. Washington: The Catholic University of America Press.
- DOMINGO MALVADI, A. (2001), *La producción escénica del padre Pedro Pablo Acevedo. Un capítulo en la pedagogía del latín de la Compañía de Jesús en el siglo xvi*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- FLAMMARION, E. (1998), «Le poids de l'*Institutio oratoria* dans le pédagogie jésuite française du xvi^{ème} siècle», en T. ALBALADEJO, E. DEL RÍO y J. A. CABALLERO (eds.), *Quintiliano: historia y actualidad de la retórica*. Logroño: IER, vol. III, pp. 1275-1289.
- FUMAROLI, M. (2002), *L'Âge de l'Éloquence*. Ginebra: Droz.
- GARRIDO GALLARDO, M. A. (ed.) (2003), *Retóricas españolas del siglo xvi escritas en latín*. Madrid: CSIC/Fundación Hernando de Larramendi.
- GIL, L. (1997), *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid: Tecnos.
- HILLGARTH, J. N. (1991), *Readers and books in Majorca 1229-1500*. París: CNRS.
- IÑURRITIGUI, J. M. (1998), *La gracia y la República. El lenguaje político de la teología católica y el príncipe cristiano de Pedro de Ribadeneyra*. Madrid: UNED.
- LABRADOR, C. (1999), «Estudio histórico-pedagógico», en E. GIL CORIA (ed.), *La pedagogía de los jesuitas, ayer y hoy*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- MCGINNES, F. J. (1995), *Right Thinking and Sacred Oratory in Counter-Reformation Rome*. Princeton: Princeton University Press.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1974), *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid: CSIC.
- MESNARD, P. (1974), «La pedagogía de los jesuitas (1548-1762)», en J. CHATEAU (ed.), *Los grandes pedagogos*. México: FCE.
- MOUCHEL, C. (1999), «Les rhétoriques post-tridentines (1570-1600): la fabrique d'une société chrétienne», en M. FUMAROLI (ed.), *Histoire de la rhétorique dans l'Europe moderne (1450-1950)*. Paris: PUF, pp. 431-498.
- MURPHY, J. J. (ed.) (1989), *Jesuit Latin poets of the 17th and 18th centuries: an anthology of neolatin poetry*. Illinois: Bolchazy-Carducci.
- NADAL, J. (2007), *Jerónimo Nadal, vida e influjo*. Bilbao: Ediciones Mensajero.
- NÚÑEZ GONZÁLEZ, J. M. (2009), «La retórica jesuítica renacentista», en T. ARCOS, J. FERNÁNDEZ y F. MOYA (eds.), *Pectora Mulcet: estudios de retórica y oratoria latinas*. Logroño: IER, vol. I, pp. 471-478.
- O'ROURKE, M. (1997), *Loyola's acts: the rhetoric of the self*. Berkeley: University of California Press.

- OLMEDO, F. G. (1939), *Juan Bonifacio y la cultura literaria del siglo de Oro*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo.
- PÉREZ DELGADO, D. (2006), «Biografía de Juan Bonifacio (1538-1606)», en *Perficit*, 26, pp. 7-26.
- PINEDA, V. (1994), *La imitación como arte literario en el siglo XVI español*. Sevilla: Diputación de Sevilla.
- REYES, A. (1997), *Obras completas*, vol. XIII, México: FCE.
- RICO VERDÚ, J. (1973), *La Retórica española de los siglos XVI y XVII*. Madrid: CSIC.
- SCAGLIONE, A. D. (1986), *The liberal arts and the Jesuit college system*. Ámsterdam: J. Benjamins.
- SORIANO, G. (en prensa), «Felipe III y Enrique VIII en el aula de Quintiliano. La educación del gobernante en Sir Thomas Elyot y Juan de Mariana», comunicación en el *V Congreso Internacional de Humanismo y Pervivencia del mundo clásico*, Alcañiz, 2010.
- (2012), «La presencia de Quintiliano en las letras españolas del Renacimiento: Pedagogía y literatura», en *Literatura medieval y renacentista en España: líneas y pautas*. Salamanca: SEMYR.
- (2013), *Tradición clásica en la Edad Moderna: Quintiliano y la cultura del Humanismo*. Logroño: IER.
- SOTO ARTUÑEDO, W. (2006), «Los colegios jesuitas en España a la muerte del P. Bonifacio», en *Perficit*, 26, pp. 105-133.
- SOUSA, J. M. (2003), «Os Jesuítas e a *Ratio Studiorum*. As raízes da formação de professores na Madeira», en *Isleña*, 32, pp. 26-46.
- VERGARA, J. (2006), «Juan Bonifacio y su *Christiani Pueri Institutio Adolescentiaeque Perfugium*», en *Perficit*, 26, pp. 27-61.
- YATES, F. A. (1988), *The French academies of the sixteenth century*. Londres: Butler.
- YNDURÁIN, D. (1994), *Humanismo y Renacimiento en España*. Madrid: Cátedra.